profesado durante su vida, y aun despues de su muerte. Mandó que diesen cincuenta ducados al notario Cerfollo, y le despachó contento. Así como Alejandro Magno conservó entre las mas queridas joyas las Ilíadas de Homero, así hizo poner este Rey el testamento entre las mas ricas y preciosas piedras que tenia. Empezó despues á indagar, y hacer diligencias para buscar donde habitaba el hijo de Bertoldo, llamado Bertoldino juntamente con su madre, intitulada Marcolfa; mandando que saliesen á buscarlos, y los condujesen á la ciudad, porque queria tenerlos en su casa para memoria de Bertoldo. Envió algunos caballeros á buscarlos por los bosques y montañas, advirtiéndoles antes de su partida, que no diesen vuelta á la corte, si no venian con ellos. Con esta órden marcharon los caballeros, y tanto anduvieron buscando y registrando por todas aquellas sierras, que por fin los encontraron; pero lo que les sucedió se verá en el segundo tratado. Mientras tanto, amigo lector, á Dios.

LAS RIDICULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO,

HIJO DEL SUTIL Y ASTUTO

BERTOLDO,

Y

LAS AGUDAS RESPUESTAS

DE

MARCOLFA, SU MADRE.

OBRA DE TODA DIVERSION Y DE SUMA MORALIDAD.

NUEVAMENTE TRADUCIDA DEL IDIOMA ITALIANO AL ESPAÑOL POR EL MISMO AUTOR.

RIDICULAS SIMPLEZAS

DE

BERTOLDINO.

TRATADO SEGUNDO.

INTRODUCCION.

Todo árbol, toda planta y todo género de raiz produce su fruto segun su especie, y no se apartará un punto de todo cuanto ha dispuesto la naturaleza científica, maestra de todas las cosas; solo la planta del hombre es la que se muda y se adultera con el tiempo, no cumpliendo lo que su natural le ha ordenado, lo cual la esperiencia nos lo enseña; pues varias veces se ve, que de un padre de buena presencia nace un hijo contrahecho, monstruoso, feo y horroroso: otras veces de un hombre docto nace un ignorante, necio é incapaz de poderle limar los sentidos y potencias: me preguntarán la causa, y yo respondo, que este punto no es paraque yo lo dispute, hable por mí quien lo entiende, porque yo no soy escolástico, ni erudito para poder decidir en semejantes materias; y así, omitiendo el dar razon á la duda, voy á mi asunto, que es referirte la vida de Bertoldino, hijo de nuestro Bertoldo, tan diferente en todo de su padre, cuanto hay de diferencia entre los quilates del oro y la bajeza del plomo;

pues, como viste, Bertoldo era de grande urbanidad, su muger Marcolfa de un entendimiento elevado; pues ¿á quién no admira, que de dos plantas tan sublimes hubiese nacido un fruto tan simple, como en adelante verémos? Muchas cosas se cuentan, que se suelen tener por simplezas. Del hijo de Migdone se dice, que solia pasar todo un dia á las orillas del mar, intentando contar á punto fijo el número de las ondas. De otro se escribe, que se levantaba antes de la aurora, para observar, y ver crecer una higuera que tenia en su jardin; pero de estas cosas no leerás en este reducido cuaderno, sino la vida y hechos de un simple y bárbaro idiota; pero al mismo tiempo muy dichoso, habiéndole asistido siempre la fortuna muy propicia, porque esta siempre es favorable á los tontos, así nos lo esplica Ariosto, diciendo: Mala es la fortuna, cuando á los tontos no ayuda; y nada mas comunmente se ve, que mostrarse contraria á los hombres capaces y sabios, como claramente se experimenta todos los dias. Voy pues ya á referir, como tengo ofrecido, las simplicidades de un idiota bárbaro y rústico, aunque gracioso. Y mientras tanto, amigo lector, te ruego tengas paciencia: solo te pido lo leas con reflexion: pues si desmenuzas cosa por cosa, estas que parecen tonterías y chufletas, ademas de la diversion del ánimo, yo te aseguro sacarás mucha utilidad y provecho. Dios sea contigo.

ALEGORIA PRIMERA.

En las Selvas y bosques igualmente nacen los hombres sabios, como los fatuos; pero como á los primeros cuasi siempre les faltan ocasiones de mostrar sus talentos y genio; tambien á los segundos, no obstante que estan cómpuestos de la misma organizacion corporea, está mal proporcionada á recibir y conservar.

El Rey albuino manda buscar el hijo y la muger de Bertoldo.

Despues de la muerte del gran Bertoldo como se quedó el Rey privado de un hombre de tan raro entendimiento, de cuya boca no salian mas que sentencias, y que con su prudencia habia librado á su corte de muchos y muy estraños peligros, juzgó que le era imposible poder vivir, sin tener quien le aconsejase en sus dudas, como lo habia ejecutado Bertoldo: acordábase de sus chistes y gracias, con los que olvidaba sus disgustos; y así andaba entre sí pensando inquirir si habia quedado alguno de su familia, contentándose con que fuese su pariente, aunque no le asistiesen todas las circunstancias que asistian á Bertoldo, pues pensaba que á lo menos tendria una apariencia de su seme-

janza y su genio, para tenerle mas en memoria. Estando pues con estas cavilaciones, acordóse que en el testamento habia hecho mencion Bertoldo de su muger y su hijo Bertoldino, dejándole heredero universal de toda su hacienda; pero al mismo tiempo se acordó, que no habia declarado en dónde, ni en qué lugar habitaban; no obstante estuvo conjeturando, y juzgó, que sin duda semejantes gentes no serian habitadoras de una ciudad, sino personas rústicas, criadas en alguna montaña, pues así lo daba á entender su lenguage y rústico trage. Determinó enviar algunas gentes por aquellas montañas y aldeas, paraque indagasen y viesen si los podian encontrar. Hecha la determinacion, llamó á uno de sus domésticos de palacio, el cual se llamaba Herminio, y le encargó esta diligencia, mandándole que no omitiese ni la mas leve, mirando, observando y preguntando por todo aquel pais, sin dejar villa, ni aldea, que no mirase, hasta hallar al hijo y la muger de Bertoldo; y hallados, los condujese consigo con la afabilidad y cariño posible, para obligarlos mas con este modo á que viniesen con gusto, espresándoles el mucho amor que él habia tenido á su marido y su padre, y que en pago de buena correspondencia y de lo bien servido, que se halló de él, era su voluntad el que viniesen sin dilacion á gozar de su palacio, y de las amenidades, cortejos y grandezas de su corte.

Marchan los criados del Rey para ejecutar sus órdenes.

Habiendo recibido Herminio la órden que le dió el Rey, no se detuvo un punto, y montando á caballo, en compañía de los demas caballeros, por todos los lugares iban preguntando á cuantos encontraban, por si les podian dar razon de las gentes que buscaban, y no hallando á nadie que les diese noticia, estaban cuasi desesperados, acordándose del precepto tan estrecho y riguroso, que el Rey les habia impuesto, de que no volviesen á su presencia si no los conducian consigo. Ultimamente, despues de muchos y malos tratos que se dieron, determinaron subir por una penosa cuesta á la cumbre de la montaña, la mas áspera que habia en toda la cordillera: no era imaginable que allí pudiesen habitar gentes, siendo mas propia la situacion de animales indómitos y de fieras, que de racionales; pues no se veia otra cosa mas que peñas amenazando ruina. Estando en aquella situacion tan alta de la montaña, se arrepintieron mucho de haber subido; y volviendo las riendas á sus caballos para volver hácia atras, hallaron al bajar una llanada y una vereda, la cual guiaba á un bosque: marcharon por ella, y la hallaron bastantemente trillada de gentes y de animales: fueron mas adelante, y llegaron á la mitad del bosque, que estaba situado de la parte

del septentrion, dominado de muchos y muy altos robles, y de la parte del mediodia bastantemente abierto, pero circundado de grandísimas peñas, las cuales servian de fortaleza á todo el sitio: en medio del bosque habia una infeliz y pobre choza, hecha de tierra y ramas, cubierta con algunas pocas tablas: llegaron á ella, y vieron delante de la puerta sentada una muger, tan sumamente disforme, que no se puede ponderar bastantemente su fealdad: estaba con su rueca hilando, y tomando el sol. Viendo ella llegar tanta tropa de gentes, se levantó de su asiento, y se metió en su choza con gran priesa, cerrando la puerta, como se suele decir, á piedra y lodo, con gran temor, porque no estaba acostumbrada á ver gentes, y mas personages semejantes en tal lugar: tomó una tranca, y por dentro de la puerta se fortificaba, temblando que fuesen algunos que intentaran hacerle gran daño: esta era la muger de Bertoldo, la cual con su hijo Bertoldino vivia entre aquellas espesuras, siendo todo su ejercicio apacentar cabras por aquellos bosques y fragosas montañas.

Herminio llama á Marcolfa y le suplica con buenos modos que le abra la puerta.

Viendo Herminio, que esta muger se habia fortificado dentro de su casa, aunque de una puñada se podia echar la puerta al suelo,

no quiso usar de ninguna hostilidad, antes bien llamándola con muchos ruegos, le suplicaba abriese la puerta, asegurándole que ellos no habian venido allí para hacerles ningun daño, antes bien habian ido por su provecho. Asomóse Marcolfa á una ventana pequeña, que tenia la choza, y les dijo:

Marc. Qué es lo que buscais por estos desiertos?

Herm. Señora, abrid la puerta, que nosotros no venimos aquí sino para haceros un beneficio muy grande.

Marc. No puede hacer beneficio á nadie, quien está fuera de su casa.

Herm. Aunque estamos fuera de nuestra casa te podemos hacer bien: venid acá fuera, que tenemos que hablaros.

Marc. Quien desea sacarme de mi casa, mas procura matarme, que darme gusto; y así véte á la tuya, que ese será el mayor gusto que me puedes hacer.

Herm. Decid, señora mia, teneis marido?

Marc. Quien desea saber los intereses de otros, es señal que cuida poco de sí mismo.

Herm. Esto es bueno. Yo te pregunto por favor, me digas si tienes marido ó no?

Marc. Yo le tendria, si él no hubiera comido.

Herm. Pues eso á qué propósito viene? Cómo le tendrias, si él no hubiera comido?

Marc. Si él no hubiera comido pavos, perdices, faisanes, tórtolas y otros manjares

delicados, contrarios á su complexion y naturaleza, y á mí me hubiese creido, que le dije, que no comiese mas que castañas, y las demas viandas con que se habia criado, aun viviria; pero ya está muerto.

Herm. Pues, decidme, quién era vuestro marido?

Marc. El hombre mas de bien de todo el mundo, y el mas hermoso de todos.

Herm. Y cómo era su nombre?

Marc. Ya que tanto deseas saberlo, te digo, que se llamaba Bertoldo.

Herm. De cierto era Bertoldo vuestro marido?

Marc. Sí señor.

Herm. Ay, qué buena noticia para nosotros! Y Bertoldo era el mas hermoso de todo el mundo?

Marc. Sí señor, y á mis ojos él parecia un Narciso, pues á la muger honrada le debe gustar mas su marido, que todos los demas del mundo.

Herm. Y te amaba mucho?

Marc. Tanto me amaba, que me zelaba en estremo.

Herm. Y con razon, pues cada uno es preciso apetezca y ame su semejanza; y á la verdad tenia mucha razon para ser zeloso, porque ciertamente en vos hay partidas para ser apetecida.

Marc. Es muy cierto que la hermosura ha de estar en el rostro; pero mucho mas consiste en la virtud, prendas y buenos procederes de la persona: hay hombres hermosos, los cuales tienen en sí cualidades abominables, horribles y mal parecidas: como al contrario, hay otros muy feos, que no lo pueden negar á la vista, y estos tienen en sí propios ciertos dones, y tales gracias dispensadas del cielo, que por ellas se hacen amables, atractivos y graciosos á quien los trata, como se experimentaba en Bertoldo, mi querido y amado consorte.

Herm. Tienes razon; pero díme, tienes tú de él algun hijo?

Marc. Tengo uno, y no le tengo.

Herm. Pues cómo se puede entender tenerle y no tenerle?

Marc. Cuando está en casa, puedo decir que le tengo; pero ahora, que no está, puedo decir que no le tengo.

Herm. Y adónde está ahora?

Marc. Preguntádselo á sus zapatos, que son los que andan con él.

Herm. Es cierto, que para ser muger criada en lo inculto de una montaña, muestras no poca agudeza.

Marc. Educóme un maestro muy sabio, bueno y capaz.

Herm. Así lo creo; pero, señora mia, dejando esto á un lado, debo deciros, que el Rey nuestro señor os llama á los dos; porque habiendo sido tan grande el cariño que siempre tuvo á Bertoldo vuestro marido, an-

hela y desea teneros inmediatos á su persona á vos y vuestro hijo; así con toda seguridad podeis salir, á fin de que podamos hablar con mas comodidad.

Marc. Ya salgo::: Aquí estoy, qué me quereis?

Herm. Ante todas cosas, qué tienes que podamos comer?

Marc. Quien desea saber lo que hay en la olla agena da á entender que está limada la suya.

Herm. Muger, eres sumamente maliciosa, aunque discreta.

Marc. Como los aires son tan sutiles, los que aquí habitan no es mucho tengan el entendimiento agudo; pero ya que deseas saber lo que tengo que comer, te lo diré: No se encierra en mi olla mas que unas yerbecillas silvestres, y estas sin sal.

Herm. Yerbas sin sal? Pues cómo las puedes comer sin sazonar?

Marc. El buen apetito es la mejor salsa de todo lo comestible, y te aseguro, que nuestra mesa es mas suntuosa y de mas provecho que la que tiene vuestro Rey; porque en estos montes silvestres la hambre es correspondiente á la digestion, el ejercicio provoca al apetito, la dieta hace la comida sabrosa, sirviendo todo de mucho nutrimento y provecho; y finalmente las aguas que aquí hay son tan dulces y sabrosas, que nunca son nocivas á nuestra complexion.

Herm. Es cierto que se conoce en el modo con que hablais, que habeis sido discípula de Bertoldo, que jamas echó por su boca palabra, que no fuese una sentencia; pero díme, cómo lograrémos el poder ver á tu hijo?

Marc. Abrid los ojos cuando él venga, que si no sois ciegos, le veréis sin duda.

Herm. Pues mientras viene, hacednos el gusto de darnos de beber, llevándonos á vuestra bodega, pues venimos muy fatigados, tanto de andar á caballo, como de subir y bajar por estos montes, y no hemos podido hallar en tanto tiempo parte en donde poder beber.

Marc. Venid conmigo, que deseo serviros con sumo gusto.

Marcolfa los lleva á un manantial de agua muy cristalina, que distaba de allí muy pocos pasos.

Marc. Honrados caballeros y señores mios, aquí teneis mi bodega, esta es la que usamos mi hijo y yo, aquí venimos todos los dias á apagar la sed con todos nuestros ganados; y supuesto que teneis sed, bebed todo lo que os diese gana, pues nuestras cubas siempre estan provistas, aunque las dejamos abiertas de noche y de dia: beba quien quisiere, y si bebierais tres dias continuos de este licor, no hay miedo que os alterase los sentidos, ni que os viniese la gota, ni perlesía, como con-

tinuamente sucede á aquellos, que cargan en abundancia el estómago con vinos regalados y licores fuertes, sin proporcion, ni medida: estos sí, que privan del entendimiento al hombre, siendo causa de muchos accidentes y desgracias, pues cuando al hombre se le calientan los cascos, facilmente se vence para ejecutar las cosas mas ilícitas, y de poca estimacion contra su persona y de todos sus dependientes, dando que reir generalmente á todo el vulgo, y hacer llorar á todos los de su casa: esto es lo que acarrea el vicio de la embriaguez en todos los racionales, pues de lo poco se pasa á lo mas, y de lo mas á lo mucho, y de lo mucho al exceso, y de esto dimana la perdicion; pero quien bebiese de este licor estará siempre su juicio muy cabal, y no dará que reir.

Herm. Es cierto, que es muy noble vuestra bodega, y contesto con lo mismo que tú dices: no hay miedo que ninguno venga á espiarte las cubas; pero á lo menos no tendrás por ahí algun vaso para beber?

Marc. Aquí no tenemos barros, ni vasos, ni escudillas, y por lo general siempre bebemos con la taza que nos dió la naturaleza; y paraque me entiendas, esta taza son las manos, que nos sirven para beber, sin buscar mas artificio; y si tú quieres beber, no hay mas remedio que usar de la taza, que te he dicho, que verás te sirve de conveniencia, y si no te quedarás sin beber.

Herm. Tambien nosotros nos componemos, segun las ocasiones ên que nos vemos; pero díme, quién es aquel que viene con unas cabras hácia este sitio?

Marc. Aquel es Bertoldino, mi hijo.

Herm. Es cierto Bertoldino? Buena noticia me has dado; ven adelante, hijo mio.

Bertoldino se asombra de ver tanta gente á caballo, lo que en su vida habia visto, y dice:

Bert. Madre, qué gentes ó qué bestias son estas, que estan aquí?

Herm. Buenos habemos quedado. Este salvage á la primera salutacion nos trata de bestias.

Marc. Señal es, que no os ha conocido: ven mas adelante, hijo mio, que estos caballeros te quieren hablar.

Bert. Ay! con qué los caballeros son medio hombres y medio caballos?

Herm. Una tras de otra; con que somos medio hombres y medio bestias?

Marc. No quiere decir eso; y lo que ha dicho solo es, porque os ve montados sobre esos caballos, siendo cosa que en su vida la ha visto en estos lugares hasta ahora, y ha creido que vosotros y el caballo que teneis debajo, sois una misma cosa.

Herm. Nada importa que así lo juzgue, y así hacedle que venga aquí.

Bert. Ay! y las piernas que tienen, que á cada uno ya les he contado seis; zape, y cómo correrán!

Marc. Calla tonto, que las cuatro que tocan en el suelo, son las de los caballos, y las otras dos, que cuelgan de los lados, son las de los que estan encima montados.

Bert. Digo, no mira como estos animales se estan comiendo el hierro? Yo creo que sus tripas serán de plomo.

Herm. Sí, que las tienen de estaño. O, qué estupendo salvage! No se parece este á su padre; pues aquel era astuto y agudo, y este da muestras de ser un tonto; qué gusto podrá tener el Rey con este gran majadero? Pero no obstante, no harémos poco si podemos llevarle. Vamos, Bertoldino, prevente, porque es preciso que te vengas con nosotros.

Bert. Y dónde me quereis llevar?

Herm. A la corte de nuestro Rey.

Bert. Y qué tengo yo de hacer allá? Seré caballero lacayo?

Herm. Ay, ay, qué simple, qué mentecato!

Bert. Y díme, esa corte, que decís, es macho ó hembra; está en alto ó está en bajo?

Herm. Como tú quisieres estará. Vénte con nosotros, que tú serás muy dichoso, y te espera una muy buena ventura.

Bert. De qué ropa va vestida la buena ventura, paraque yo la pueda conocer cuando la vea?

Herm. Va vestida de oro, plata y piedras preciosas; y tú tambien serás ricamente vestido como ella; tratarás con las señoras de mas distincion, y con los caballeros mas principales, de quienes estarás muy favorecido, reconociéndote por caballero, y estimándote todos en la corte, por estar en la mayor estimacion del Rey.

Bert. Y podré llevar mis cabras á la sala del Rey, cuando yo quisiere?

Herm. Sí, sí, todo lo que tú quisieres y gustases. Y tú, señora, dínos, cuál es tu nombre?

Marc. Marcolfa me llamo.

Herm. Pues, Marcolfa, si quieres venir, empieza á disponer tus cosas, cuanto mas antes, paraque marchemos sin detencion.

Marc. Tan fácil será el que yo deje mi choza, aunque ella sea de palos y tierra, cuanto es fácil el que los rústicos destierren sus malicias; y lo que deseo es, que cuanto antes te vayas de aquí, porque el clima de estas montañas es muy diferente del de la corte; y al mismo tiempo te suplico, que no me prives de la vista de este hijo, porque si tú me le llevas; puedes creer ciertamente que no viviré cuatro dias. Ademas de esto, la mayor razon es, que aunque soy madre, á quien podia engañar la pasion, conozco que el muchacho es maternal, rústico é ignorante; de suerte, que si le llevaseis, seria el hazmereir de la corte; y bien sabeis, que en las

cortes no se admiten figurillas ridículas y estravagantes, sino gentes astutas, entendidas, y que sepan la aguja de navegar, cosa que á mí y á él nos costará no poca dificultad.

Herm. No importa, que aquello que no supiere se le enseñará: no faltarán maestros que le educarán y le enterarán en las buenas costumbres, la cortesía y política, déjale que venga con nosotros, y no dificultes en nada.

Marc. Qué dices, tú Bertoldino? Quieres ir ó no á la corte?

Bert. Si vienes tú tambien, me resolveré; pero si no vienes, no quiero salir de aquí.

Marcolfa se determina á ir á la corte con Bertoldino.

Marc. Ya yo estoy determinada á ir contigo, paraque puedas por este medio lograr la fortuna que te aguarda; pero antes que yo parta, quiero encargar mi casa á una vecina, que vive de aquí muy cerca, paraque de ella me cuide, hasta que vuelva, si Dios me lo permitiere.

Bert. Y á quién dejaré mis cabras?

Marc. A ella tambien se las entregarás.

Bert. No, no, que me las quiero llevar delante de mí.

Marc. No es necesario que lleves ni las cabras, ni los machos, pues allá bastantes hay.

Bert. Y hay allá tambien padres de vacas?

Herm. Sí, y en mayor número que aquí. Vámonos, que es lo que mas nos importa.

Bert. Ya estoy determinado á dejarlas, ya que por allá dices que no faltan otras. Ea pues, madre mia, reciba mis cabras la vecina, y despachémonos luego.

Marc. Sin tardar dispondré todo lo preciso, paraque al punto marchemos.

Marcolfa pasó luego á la casa de su vecina á entregarle el cuidado de su casa, hasta la vuelta; y luego cogiendo un poco de estopa, cuatro husos y un par de zapatos viejos, tomó la gata y una gallina que tenia, y enfaldando en las sayas lo que pudo, marcharon con los caballeros hácia la corte, los que queriendo poner á caballo á Bertoldino, no pudieron lograr hacerle abrir las piernas, y tomaron á mejor partido el ponerle atravesado encima de la silla, como si fuera un fardo ó tercio de peso. Puestos todos á caballo, y marchando á buen paso, dejaron ir á Marcolfa á pie, por darle gusto. Arribaron á la ciudad, y llegando la noticia al Rey, les salió al encuentro con la mayor parte de su corte; y viendo un bulto atravesado en un caballo, se empezó á reir, y despues le dice á Herminio.

Rey. Qué envoltorio ó qué talego es ese que traes á caballo?

Herm. Señor, este que ves es Bertoldino, hijo de Bertoldo, al cual le habemos hallado

entre unos montes en un lugar tan sumamente intransitable y silvestre, que aun para lobos es pais inaccesible: tambien pongo en vuestra noticia, que viene su madre con él, y discurro no tardará mucho en llegar, porque camina á un buen paso de andadura, sin haberla podido vencer á que viniese á caballo.

Rey. Pues cómo no viene montado á caballo?

Herm. Porque no ha sido posible; pues con los mayores esfuerzos, que hemos hecho para montarlo en la silla, nunca ha querido abrir las piernas, y nos hemos visto precisados á traerle de este modo atravesado. Yo juzgo, señor, que hubiera hecho mejor V. M. en dejarle en su rincon; porque ademas de ser muy puerco, es tan tonto, que con facilidad se le hará creer, que los borricos vuelan: tan necio es, que se le puso en la cabeza, que habia de traer sus cabras á la corte; y ¡qué no nos ha costado sacarle de sus gazpachos y migas! Pues estaba lo bastante tenaz en no querer salir de su choza.

Rey. Todo eso se puede dar por bien empleado: bajadle del caballo, y no le hagais mal, sea con tiento, pues como no está acostumbrado, es muy natural que le haya hecho novedad el haber venido á caballo. No se puede negar, al ver su rara figura, el que es hijo de Bertoldo. Y cómo ha dicho que se llama?

Herm. Su nombre es Bertoldino, y aquella que viene es su madre, quien dice, que se llama Marcolfa; y aseguro á V. Mag. que es muger perspicaz y tan aguda, que es para maravillarse el hombre mas entendido; lo que no tiene este pedazo de atun que en eso es al reves del padre y de la madre, que lo engendraron.

Saluda Marcolfa al Rey.

Marc. Serenísimo señor, el cielo te salve, mantenga tus estados, y te aumente cada hora en mayor grandeza.

Rey. Y á tí te conceda cuanto puedas desear. Marcolfa, vienes cansada?

Marc. Si no hubiera caminado, estaria mas cansada.

Rey. Qué es lo que dices? Si no hubieras caminado estarias mas cansada? Esplícate, pues como hablas equívocamente, no es posible entenderte.

Marc. Me esplicaré. Aquel que camina para obedecer á su superior (como yo hago) nunca se cansa. Aquel que no sirve con buena voluntad se cansa, aunque vaya poco á poco; la causa es, porque ya tiene cansado el pensamiento y la voluntad antes que se ponga en camino.

Rey. Señal verídica es la que me das de que has sido muger de mi apasionado Bertoldo; pues apénas has llegado, cuando has

dicho una gravísima sentencia. Ea* pues, haced vosotros que luego al punto se les disponga alojamiento; y se los vista ricamente, segun el uso de la corte, y despues conducidlos paraque los vea la Reina.

Marc. Solo, serenísimo señor, espero que me concedais una gracia.

Rey. Dí lo que quieres, que lo haré muy gustoso y muy contento.

Marc. Pues, señor, se reduce mi súplica á que no nos hagas quitar nuestros trapos, á los cuales estamos tan acostumbrados, que si nos despojan de ellos, nos sucederá lo que al árbol, á quien se le desnuda de su antigua corteza, que no solamente no produce mas fruto, sino que al mismo tiempo luego al instante se seca. Si tú, señor, nos adornas de telas ricas de oro y plata, infundirá en nosotros una grande vanidad; y viéndonos con tanta gala, es preciso se engañe el mundo, creyendo que somos personas de grande clase y distincion, de que se seguirá, ademas de esto, que nos olvidarémos inmediatamente de nuestra baja esfera, y reinará en nuestras pasiones una soberbia grande, acompañada de todos los demas vicios, que siguen á esta, y nos harémos aborrecibles de todos, y al último vendrán á parar todas nuestras vanidades en quedarnos hechos escarnio de todos. Señor, la gente villana, puesta en zancos, es muy mala; no se puede hallar gente mas indómita; no se halla en su sabiduría

otra cosa que malicias, y como vulgarmente se suele decir, todo su estudio ha sido solo la gramática parda; y por esperiencia se ve, que hallándose en lo alto de la fortuna, no la saben sostener, y se precipitan con sus propias ignorancias; y así no nos mandes desnudar, pues si nosotros dejamos nuestros vestidos, puede ser que nos suceda lo que llevo referido: al contrario será teniéndolos á la vista, cada instante meditarémos en nuestra pobreza, nos conservarémos humildes, contemplando que nacimos para servir, y no para ser servidos.

Rey. Sentencias muy grandes y dignas de reflexion has pronunciado, y muestras muy claramente la sinceridad de tu ánimo: conozco que el cielo te ha adornado de sus gracias; pero no me instes sobre eso, que quiero andes adornada de ricos vestidos, y que seas servida como mereces.

Marc. Señor, te suplico que me escuches una gustosa burla, que aunque bien conozco que no viene ahora muy al caso, me la contó mi marido Bertoldo, de feliz memoria, una de las noches largas de invierno.

Rey. Cuéntala, que la escucharé con gusto.

Marc. Me dijo pues que habia oido contar á su abuelo, que habiendo pasado en una ocasion por las tierras de Trapisonda, en donde se suelen desembarcar las patas de las anguilas ahumadas, habia allí un asno muy grande: viendo este un dia ciertos ca-